

ESE día de San Pedro y San Pablo terminó la infancia. Fue, para ser preciso, la noche de San Pedro y San Pablo. De modo que entre la infancia y lo que sigue —una especie de destierro—, hubo una, dos inmensas fogatas, montañas de fuego. Antes era la infancia, después fue el destierro, y la señal del límite, el fuego. Y antes el rengo Quique, su presencia; después su ausencia. Porque no volvimos a verlo nunca más, como si él se hubiera llevado nuestra infancia para siempre.

Nunca más volví a encender fogatas. Nunca más mencioné a Quique. Nunca más volví a sentir la intransmisible exaltación que producía caminar por las calles nocturnas trasladando pedazos de madera como si fueran objetos prohibidos, o preciosísimos, o profanados. Nunca más volví a sentir como esa primera vez la fascinación de la trasgresión, de la clandestinidad y el peligro.

Empezamos a juntar leña a fines de mayo. Hubo tantos depósitos como los que formábamos el grupo: unos diez. Los mayores no tenían más de doce o catorce años, los menores siete u ocho, menos Quique que tenía seis, y además una pierna más corta que la otra. Despiadada o naturalmente lo llamábamos Rengo cuando los padres no estaban cerca.

Por suerte había un baldío en Méndez de Andés y Nicasio Oroño. Por suerte el baldío estaba cercado por un muro de ladrillos coronado de puntiagudos pedazos de vidrio de botellas pero se podía entrar en él por una puertita de hierro y, Carlos, que vivía al lado, tenía la llave. En el baldío juntamos sillas

rotas, mesas apolilladas, pedazos de tirantes, es decir, todo lo que se quería tirar en las casas o que aparecía en los montones de basura que dejaban junto a los árboles para que por las mañanas los recogieran los carros municipales. En cada una de nuestras casas, en los fondos, acumulamos maderas chicas, cajones de fruta desarmados, cartones, astillas de lo que habían sido palos de escoba o marcos viejos.

En junio se podaron muchas parras. Las ramas secas constituyeron un aporte invalorable y, por cierto, iban a parar al baldío de Carlos. A eso de las cinco de la tarde empezaba la recolección que consistía en ir de casa en casa preguntando si tenían algo que se pudiera sumar a nuestros depósitos. Los hechos demostraron que los hombres eran más colaboradores que las mujeres.

Uno de los principales problemas fue la elección del lugar donde se haría la fogata. No debía ser muy lejos del depósito principal; no podía ser en una esquina porque en todas había cables eléctricos para los faroles del alumbrado; no podía ser cerca de una parada de vigilante. Por fin decidimos que el lugar ideal era frente a la vidriería de Gagliano, en la calle Avellaneda, que era anchísima, oscura, y quedaba a dos cuadras de nuestro baldío.

Convinimos en hacer dos fogatas simultáneas separadas por unos tres metros de modo que una vez encendidas dejaran una franja por donde se pudiera pasar corriendo. Alguien propuso llevar batatas para cocinar en las brasas al final de la fiesta.

Lo mejor de los preparativos fue que no hubo nadie que se hiciera el jefe. El verdadero protagonista de cada día era el que había conseguido más o mejor material para la fogata y ocurrió que, naturalmente, sin organizar nada, se fue acumulando una formidable cantidad que sin duda nos iba a

permitir tener la mejor fogata de la zona. Supimos que a diez cuadras de la nuestra iban a hacer otra los que vivían más allá de la Plaza Irlanda, y aun otra porque estaban llenando de leña un baldío de la calle Morelos.

Algunos de los del grupo nuestro iban al mismo colegio que los adversarios y se enteraron de sus proyectos a pesar de que en los recreos poco o nada se hablaba de fogatas, como si los maestros fueran seguros enemigos que podían desbaratar nuestros planes.

Una semana antes del día de San Pedro y San Pablo hicimos una expedición para verificar qué habían juntado en el baldío de Morelos y pudimos comprobar que nuestro depósito principal tenía por lo menos cinco o seis veces más material que el de ellos.

En Seguí y Méndez de Andés había una especie de hilandería. Uno de los del grupo le preguntó al capataz si tenían algo para la fogata y el hombre dijo que si queríamos podíamos llevarnos los “conos” que estaban en el fondo de la fábrica. Se trataba de un verdadero tesoro: unos conos huecos de cartón durísimo de unos veinte centímetros de alto y unos diez de diámetro en la parte inferior, pero sin base. La cantidad de conos era impresionante y había un solo modo de llevarlos: armar primero columnas de un metro más o menos metiendo un cono dentro de otro, y juntar luego varias de esas columnas de modo que pudieran ser atadas y llevadas como si fuera un bloque casi macizo de cartón. Eso hicimos.

El único peligro era el tiempo. Estaba nublado y si caía una lluvia se nos mojaría todo y no habría fogata posible. Pero no llovió. Todo el mundo sabía ese día —cuando digo todo el mundo quiero decir nuestros padres— que a partir de las ocho de la noche tendríamos que llevar lo acumulado en los de-

pósitos individuales a la calle Avellaneda, frente a la vidriera de Gagliano.

También sin previa organización el transporte fue perfecto. Los que vivían más cerca del lugar elegido terminaron antes de llevar lo que habían juntado en sus casas y empezaron a ayudar a los más demorados. Algunos, en cambio, se dedicaron inmediatamente al baldío de Carlos.

A las diez de la noche, con la ayuda de algunos padres, estaban armadas las dos montañas de ramas, trapos, maderas, diarios viejos, cartones y restos de muebles. Ya no era la lluvia la causa principal de temor, sino la eventual llegada de la policía en el Ford de la comisaría.

Había que apurarse y encender las montañas antes de que fuera demasiado tarde. Todos teníamos fósforos y rodeamos ambas construcciones. Aparecieron simultáneamente varios focos pequeños y empezó a subir el humo hasta el punto de hacerse insoportable la cercanía; sin embargo algunos corrieron entre las dos fogatas de modo que durante unos segundos desaparecían en la densa masa gris. Unos minutos después el fuego, inmenso, parecía haber creado un súbito verano. Las fogatas parecían aullar, las ramas secas crepitan y se deshacían en partículas de brasa que estallaban en el aire; los conos de cartón cobraban un color escarlata antes de deshacerse.

El padre del Rengo empezó a gritar el nombre de su hijo. Después la madre. Todos corríamos como indios alrededor del fuego. Las fogatas se desmoronaron hacia adentro pero también se cerró el camino que las separaba. Cuando cayeron las ramas más altas ya todos llamábamos al Rengo, a Quique. El fuego estaba convertido en una furia, enceguecía y había que alejarse. Quique había desaparecido. Ya era uno solo el grito alrededor de esa masa blanda anaranjada, ama-

rilla, azul, roja. Ahora eran todos los padres los que llamaban a Quique. Nadie corría alrededor de la fogata única. Había que alejarse, formar un círculo cada vez más grande porque el calor era intolerable. ¿Cómo habrían sido las fogatas de Morelos y la del otro lado de la plaza? Ninguna como esta. Ninguna con más gritos ni más silencio.

Esa noche se terminó la infancia y fuimos desterrados. Hubo que levantar una barrera de fuego entre la inocencia y la muerte.